

LOS SIMBOLOS DEL MAIZ

Por: Guillermo Grajeda Mena

Le presencia asociada de elementos simbólicos, tales como el jade, el pez, el lirio de agua y el maíz, hace años que viene intrigando a las personas que viven en contacto con piezas arqueológicas del mundo maya.

En la iconografía encontramos a cada paso esa unión; la vemos en las estelas, en la cerámica, en las pinturas murales y en los códices. Hace tiempo que se demostró la hermandad de esos elementos, pero hasta ahora no se han aclarado sus probables orígenes. En el que confirmar algunas afinidades y probar que las asociaciones que ya se han notado, posiblemente se deben a hechos reales de la vida del pueblo maya y de los animales de ciertas zonas, y no a mitos. Un ejemplo de ellos lo tenemos al final de este trabajo, donde un testimonio nos demuestra que varias flores acuáticas son elemento vital para la existencia de algunos peces, y en otro, que el pez no ha sido únicamente un símbolo asociado con el maíz, sino razón de su existencia verdadera. Así es, pues, que contando con el aporte de algunos datos que hemos encontrado y que creemos originales, nos permitimos hacer la presente publicación.

El jade, tan apreciado por los mayas, es muy posible que haya sido extraído de las montañas de Chuacús y de Las Minas, a orillas del río Motagua, donde se presenta con coloraciones que van desde el verde arveja, casi blanco, hasta el verde oscuro del musgo, pasando por el esmeralda o verde manzana.

En casi todos los sitios arqueológicos mayas, encuéntrense piezas de jade, lo cual demuestra el gran comercio que se hacía con él y el aprecio en que se le tenía. La imagen del pez aparece representada en muy diferentes lugares, pudiéndose contemplarla hasta en algunas comarcas donde no vive ese animal, como se puede observar en el caso de Tikal y de Kaminal Juyú; lo que hace pensar que la razón de su presencia es la fuerza de un símbolo que tuvo su origen en algo muy profundo de la vida del hombre maya.

Xoc quiere decir pez en lengua maya y también expresa cuenta: cuenta de collar, y más concretamente, cuenta de color verde, cuenta de jade.

Por su asociación con el color verde, en sus diferentes tonalidades, el jade fue comparado con el agua, llegando a ser su símbolo, y como consecuencia inmediata, teniendo en cuenta que el agua es el elemento de los peces, la imagen del pez vino a identificarse con ese símbolo acuático. El agua tenía que ser para el maya un objeto de veneración; su vida era eminentemente agraria, y por lo tanto, el haber encontrado en el jade el símbolo de ese elemento constituye un triunfo para su afán de expresión simbolista.

En ciertas oportunidades los mismos mayas se hicieron llamar «itzaes». Itzá en lengua maya es lágrima, gotas que caen, lluvia; también hicieron figurar ese vocablo en muchos de los nombres de sus pueblos: Petén, Itzá, Itzamal, Itzamkanac, los cuales llegaron hasta nuestros días. Itzamná era uno de sus dioses máximos, el Sol. Algunos traducen ese nombre como: Brujo del Agua. Ese dios estaba hermanado con Chac, el dios de la lluvia y con la noche.

La danza llamada Kax Nicté (Canto a la Flor de Agua), describe una de tantas ceremonias mágicas: en noche de luna llena, adornada con flores, una joven amante danza desnuda, rodeada por un grupo de no menos cinco compañeras entre el agua de una fuente, para lograr que el amante venga a ella «como manso animal doméstico». Esta danza ceremonial y mágica, aunque no estaba destinada a atraer las lluvias, nos demuestra que el agua era parte importante en el rito. Es muy posible que existieran muchas procesiones, danzas y cantos dedicados a la lluvia.

Actualmente, en las festividades religiosas de la Iglesia Católica, durante el mes de mayo, persiste la presencia de la flor nicté en los templos de El Petén, especialmente en el de la ciudad de Flores, donde se le denomina «flor de mayo». Grandes arreglos ejecutados por manos femeninas, se hacen con esta flor. En San Andrés y en San José, la flor de mayo es vendida por almud (medida antigua de áridos que equivale a media fanega).

Nicté o flor de mayo es el franchipán, la apocinácea *Plumiera alba*. Es posible que esta flor haya estado relacionada con el agua, y naturalmente con sus ritos, porque el arbusto florece en el mes de mayo, cuando caen las primeras lluvias. Sabemos que los mayas, además de simbolizar con esta flor la pasión sexual, dedicaban la a la luna (Ixchel), por ser ella la diosa de la fecundidad.

En el algo de Amatitlán, el tres de mayo, se realiza una procesión en canoas y se arrojan flores al lago en honor al Dios niño, patrón de la localidad.

Entre los ritos católicos que practican algunos de nuestros pueblos para llamar las lluvias, durante el mes de mayo, se realizan procesiones con la imagen del santo patrón o con la de la Virgen María, denominándolas procesiones de rogación o procesiones rogativas.

En algunos casos San Isidro Labrador substituye al antiguo dios Chac. En el invierno las lavanderas, preocupadas por secar sus ropas cantan: «San Isidro Labrador quita el agua y pon el sol». La iglesia Católica celebra a San Isidro Labrador el quince de mayo.

Para el agricultor el agua es un elemento de vida o muerte, por eso al identificar el jade con el agua, el maya logró un significado precioso.

Hay otra consideración que debemos hacer y es el amor que el maya tuvo por el color verde; esto posiblemente se debió no sólo a su semejanza de colorido con el agua, sino también por ser el verde un color ambiental en el mundo maya. La afición por el color verde fue muy acentuada; se puede confirmar por el gran uso y estimación que se tuvo por las plumas de quetzal. Seguramente ello se debió a los lujuriantes verdes de la jungla que rodeaba a las poblaciones mayas.

Es bien sabido que usaron también el azul, el amarillo y el rojo, pero los dos colores primeramente nombrados son complementarios para formar el verde; aún sin mezclarlos aditivamente, sabemos que unos de estos colores, en proximidad del otro, registra ese tono. El rojo, por ser un color complementario opuesto al verde, logra dar a este más intensas vibraciones cromáticas, justificando así, su presencia en las composiciones donde se emplea el verde. Prueba evidente de esto encontramos al observar que los artistas mayas coloreaban, en parte, con rojo cinabrio, sus piezas de jade, logrando así darle mayor riqueza cromática.

Ahora bien, ¿qué conexión tiene el jade y el pez con el lirio de agua? A primera vista colegimos su hermandad por ser el agua el elemento vital para el animal y para la planta, y por lo tanto, los dos llegan a unirse con el símbolo representado por el jade; sumándose a esto la belleza de los tres.

En muchas obras de arte vemos, pendientes sobre la frente de varios personajes, la figura de un pez unido por la boca a un lirio de agua, planta clasificada con el nombre de *Nymphaea alba* y que en el Petén se le llama nape o naab. En las pinturas de Bonampak encontramos varios ejemplos de peces unidos con lirios de agua. Últimamente hemos sabido que existe un pez en el río La Pasión y en la parte baja del Chixoy, que se alimenta de flores acuáticas y de flores de árboles o arbustos que están a la orilla de esos ríos. Esto confirma el nexo que hay entre el pez y la flor acuática.

Habiendo expuesto la conjunción que existe entre jade, pez y lirio de agua, nos resta analizar y probar la relación de estos símbolos con el maíz.

Yun Cax, el señor de los campos, el dios del maíz, era la divinidad que representaba el número ocho, en los glifos de cabezas humanas.

Kan (amarillo) era el nombre del maíz tierno, del elote.

Ix Kan Leox, era la divinidad del precioso capullo de hojas, era el dios del maíz, en una de tantas de sus manifestaciones.

En el Departamento del Quiché, al norte de Nebaj, en la zona de los ixiles, existe una montaña que se llama Ixcán. En ese lugar o en sus alrededores se cree que germinó la primera planta de maíz.

En la página XXXVI del códice de Dresde vemos a una divinidad relacionada con el agua y el maíz, con la cabeza terminada en forma de pájaro, atrapando a un pez. En uno de los dinteles de Tikal (estructura 10) existen las figuras de dos aves, una de ellas comiéndose un pescado, teniendo cerca a un hombre enano que lleva en sus manos un ramo de lirios de agua. El animal representado es el cormorán (*phalacrocorax oliváceos*), ave de la familia de los pelícanos, llamado malache por las gentes de El Petén. Dicha ave se encuentra en grandes bandadas en el lago de Flores, cerca de lirios de agua atrapando peces.

En la estela 13 de Piedras Negras, hay un sacerdote con una máscara de Chac en su tocado, engalando con plumas de quetzal y cuentas de jade, arrojando a la tierra, con su diestra, unos granos de maíz; los mismos factores simbólicos encontramos en la estela 21 de Tikal; también, en la página XXXI del Códice de Dresde aparece la efigie del dios Chac, con los atributos de jade y plumas, con una vara de sembrar (?), teniendo a su derecha los jeroglíficos del pez y del maíz; y por último, en la quinta figura de la página XXXIX del mismo Códice, el dios Chac hace otra siembra del divino grano.

Entre la Sierra de las Minas y el Lago de Izabal, en las aldeas Las Cañas y Los Limones, los Kekchíes y los poconchíes, tienen la costumbre de enterrar ceremonialmente pescados, antes de proceder a la siembra del maíz. Entierran un pescado en cada una de las esquinas del campo destinado a la milpa; en algunos casos colocan, enterrado, un pescado en el centro del terreno. Este rito se realiza con el fin de que la siembra sea buena. Es muy interesante el dato, aunque ese entierro sea un acto puramente ceremonial; pero, tenemos también noticia cierta de algo que nos lleva al terreno de lo práctico: Hace algunos años, en nuestra costa sur se utilizaban pescados como abono para las siembras de maíz; en esa costa se lograban hasta tres cosechas al año. En Pantaleón, Tiquisate y La Democracia se usaba un bejuco (¿rotenona?) como veneno para matar a los peces destinados al abono de la tierra; el producto de la pesca se dejaba descomponer por espacio de uno o dos meses, con objeto de que eliminara el nitrógeno y luego, en el acto de la siembra, se depositaba un pescado en cada hoyo donde se sembraba el grano. Es posible que esto lo hayan practicado antiguamente, en tiempos precolombinos; en caso de ser así, estos hechos aclaran el por qué aparece en el arte maya la unión del pez con el maíz.

Así llegamos al término de lo que creemos sean las razones que llevaron al jade, al pez y al lirio de agua a convertirse en los símbolos del maíz.